



La última colonia. Paracaidistas en el Sahara, 50 años después



Cuaderno nº 17
Veteranos OJE-Cataluña



Cuaderno núm. 17.

La última colonia. Paracaidistas en el Sahara, 50 años después

© Asociación Española de Educadores de Tiempo Libre
y Veteranos OJE - Cataluña.

Depósito legal: B 13030-2022

Barcelona, Junio de 2022

La última colonia. Paracaidistas en el Sahara, 50 años después.



Cuaderno núm. 17.
Veteranos OJE – Cataluña

Pequeña historia de un
veterano paracaidista
de la OJE

Aquí se narran, con detalles precisos, algunas experiencias profesionales de un veterano paracaidista procedente de aquellos iniciales cursos de la OJE, de los primeros años 60, en los que se unía al estilo propio de la Organización Juvenil la atracción del riesgo medido y el ambiente de inspiración militar propio del tipo de actividad.

En este trabajo de síntesis, el autor nos va describiendo, a modo de una disección, todos y cada uno de los elementos que componían el pequeño universo de su experiencia militar en aquel Sahara de mediados de los 70, cuando ya se barruntaba el abandono del territorio por parte de España.

En su narración detallada el antiguo comandante Bellet no olvida aspectos como: los acuartelamientos, la uniformidad, el clima, la alimentación, el armamento y la evacuación del territorio... entre otros.

En definitiva, este texto viene a incorporar a la ya extensa narrativa sobre la antigua colonia del Sahara Occidental Español (que también fue provincia de España) un punto de vista distinto del que han venido aportando simples observadores o estudiosos de esa realidad

histórica. Aquí se trata de la experiencia vivida, en primera persona, por un paracaidista militar español, en unos tiempos ciertamente convulsos que dejaron como herencia un conflicto político —con un fundamento de raíz humana— que al día de hoy todavía no ha sido resuelto.

La lectura de este pequeño trabajo, a no dudar, nos puede proporcionar unos valiosos conocimientos que facilitarán, en parte, la comprensión de algo que nuestro veterano camarada

escritor y periodista Juan Segura Palomares (QEPD) ya definió en el título de su libro: *Razón de una sinrazón*, en aquel lejano año 1976. Agradecemos a nuestro veterano camarada de la OJE, Jaime R. Bellet Gomis, su pequeña, pero interesante, aportación para el mejor conocimiento de la reciente historia de España.

Francisco Caballero Leonarte



Afiliados de la OJE cursillistas de paracaidismo deportivo. Las Palmas 1975.

*Jaime Bellet
como mando juvenil en la OJE*



Preámbulo

En casi todas las reuniones familiares, normalmente, salían a relucir *historias* de mi dilatada vida militar, prácticamente siempre en unidades paracaidistas del Ejército de Tierra, en las que tuve el honor de servir durante más de cuarenta años. Mi concuño Luís —ya fallecido— solía decirme que las plasmara por escrito o al menos las dejara grabadas, para que en el futuro mis hijos y demás descendientes pudieran tener conocimiento y noticia de ello, evitando que con el paso del tiempo se perdieran; no se trata de contar *batallita* alguna, no tengo interés ni necesidad de inventarme nada, ya que todas fueron experiencias y vivencias personales. Llamarlo *memorias* me parece una pedantería, vamos a dejarlo en *recuerdos*. A él va dedicado este modesto trabajo.

Hace ya algunos años que un antiguo jefe y amigo tuvo el acierto de regalarme un ejemplar de una reedición del *Moncada*, escrito en 1520 por don Francisco de Moncada, conde de Osona, sobre la expedición a Levante llevada a cabo en los albores del siglo XIV por catalanes y aragoneses —los almogávares— contra turcos y griegos. El relato comienza así: «*He puesto en orden esta breve historia, que la soledad de una aldea me puso entre las manos, con el deseo natural de conservar memorias casi muertas de la Patria, que merecen eterna duración*».

Antecedentes

Es de justicia recordar que los paracaidistas del Ejército del Aire, pioneros del paracaidismo en España —un escuadrón, unidad tipo batallón—, estuvieron presentes en la guerra de Ifni, concretamente en la zona del Sáhara, donde llegaron a efectuar dos saltos de combate (uno en Hausa y otro en Hagunia). Una vez finalizada la campaña, regresaron a sus cuarteles de invierno en la península, al antiguo aeródromo de Alcalá de Henares —hoy campus universitario—, de donde habían salido. Con la potenciación de las unidades paracaidistas del Ejército de Tierra, conforme a la doctrina de los Aliados, aquella unidad fue languideciendo hasta prácticamente desaparecer. Los restos —una escuadrilla, unidad tipo compañía— fueron trasladados a la Base Aérea de Alcantarilla (Murcia), donde sobrevivieron adaptándose a los nuevos tiempos conforme a las nuevas necesidades.

El territorio

El antiguo Sáhara español era un vasto territorio, situado al sur de Marruecos (20 grados, 40 minutos latitud norte), con una extensión de unos 265.000 kilómetros cuadrados (equivalente a las 3/4 partes del total del territorio peninsular), con una población de unos 75.000 habitantes, de los cuales aproximadamente el 18% practicaba el nomadeo. Aquellas gentes no parecían tener muy claros los límites de unas fronteras artificiales, trazadas prácticamente con tiralíneas, de modo que tan pronto podían estar en territorio español como marroquí, argelino o mauritano. Tampoco existían los bucólicos oasis repletos de palmeras y con una vegetación exuberante; que recuerde,

tan solo en Smara¹ había algunas palmeras. Sin embargo, existían abundantes pozos de aguas fósiles acumuladas en acuíferos durante milenios, así como corrientes de aguas subterráneas, procedentes, sin duda, del interior del continente. En su entorno los referidos nómadas solían instalar sus *jaimas*², atender a sus pequeños rebaños (base de su ancestral y autárquica economía), así como cultivar sus exiguas cosechas.

El clima

En el desierto del Sáhara, sobre todo en el interior, el clima es muy seco, hasta el punto de que apenas se sudaba. La temperatura podría oscilar entre los 50 grados centígrados —durante las horas centrales del día— a los 5 grados de madrugada. Las *tobas* de los camellos, una vez secas, eran utilizadas por los nativos como combustible. Lo que se podía considerar *economía circular*.

La política

El Gobierno español —tal vez demasiado paternalista— concedía mensualmente asignaciones económicas a los *cheik* de las diferentes tribus. La policía territorial y las tropas nómadas, regularmente, visitaban dichos asentamientos para fijar población y repartir generosos lotes de ayuda: grandes pilones de sal y de azúcar, té, sacos de harina, cereales, legumbres, aceite y otros productos no perecederos. Además de la evidente labor humanitaria, con ello se pretendía comprar voluntades y granjearse adhesiones inquebrantables.

A lo largo de 1975 se observó un notable incremento en la actividad política antiespañola,

el Frente Polisario (Frente Popular por la Liberación de Saguía El Hamra y Río de Oro) los fines de semana solía convocar manifestaciones desplegando sus banderas para exigir la marcha de la Administración española. Recuerdo —como si fuera ahora mismo— los histriónicos gritos de las mujeres, haciendo vibrar la lengua, cuyos ecos persisten en mi memoria. Durante aquel año, *sin prisa pero sin pausa*, España desplegaría en el Sáhara lo mejor de sus unidades de combate, ampliando de este modo el número de efectivos.

Los recursos

Al objeto de encontrar materias primas que, de algún modo, viniesen a compensar los gastos que originaba el territorio, se llevaron a cabo estudios y prospecciones mineras y petrolíferas —con escasos resultados—, pero que dieron lugar al llamado *conflicto de los petrolitos*³. Sin embargo, se halló hierro y sobre todo fosfatos en abundancia en Bucraa (uno de los mayores yacimientos del mundo) casi a *flor de tierra*. Para su explotación y traslado hasta la costa se construyó una faraónica cinta transportadora de unos 90 kilómetros (cada tramo de 10 tenía una subestación), la cual era protegida por el Batallón de Infantería Cabrerizas II, unidad de corta pero intensa vida creada expresamente para dicho cometido.

La presencia

Tras la campaña de Ifni-Sáhara (1957-58), a la vista de la magnífica actuación de las jóvenes unidades paracaidistas en aquella guerra, y al objeto de contar con una fuerza disuasoria capaz de dar una respuesta inmediata y contundente para preservar la seguridad e integridad

en aquellos territorios de soberanía en el África Occidental —provincias a todos los efectos (La Guinea, Sidi-Ifni y el Sáhara)—, el Gobierno español dispuso la presencia en las islas Canarias (Las Palmas de Gran Canaria) de una bandera paracaidista, la cual, periódicamente, se relevaría con la que quedaba en la península⁴.

Llegan los paracaidistas

En marzo de 1961, con motivo del referido conflicto, dos banderas paracaidistas fueron proyectadas sobre el territorio del Sáhara (la de Las Palmas y la recién creada en Murcia), completándose el rotatorio ciclo Alcalá—Las Palmas—El Aaiún. Comenzando un sinfín de patrullas y nomadeos, circunstancias que los paracaidistas aprovecharon para familiarizarse con el desierto y levantar las fichas de posibles zonas de lanzamiento (D.Z.). Esos relevos trepidantes se llevarán a cabo con una frecuencia anual, hasta 1965, en que la bandera del Aaiún regresará a la península, quedando la presencia de los paracaidistas en el territorio reducida a una compañía reforzada con armas de apoyo y transmisiones, destacada a su vez de la bandera de Canarias. Dicha compañía será relevada cada ocho meses, procurando que las estancias, al objeto de no crear desarraigo familiar, sean relativamente cortas. Y así seguirán las cosas hasta septiembre de 1974, época en que vuelven a sonar *tambores de guerra* y los acontecimientos que se avecinan harán que de nuevo una bandera al completo marche desde Alcalá al Sáhara, siendo acuartelada en las instalaciones del BIR-I (Batallón de Instrucción de Reclutas), en Cabeza de Playa, manteniendo la compañía del Aaiún, la cual tomará posiciones en el aeropuerto; asimismo, se iniciarán los

rutinarios servicios en Saguía El Hamra, así como los controles en la carretera de la costa al Aaiún, distante unos veinte kilómetros (había que tener mucho cuidado, ya que el efecto recidivante de las dunas solía enterrar la carretera; los zapadores, con su maquinaria, estaban siempre atentos a dicho fenómeno).

Los acuartelamientos

Como he comentado, estábamos acuartelados en el BIR-I —Cabeza de Playa—. Allí terminaba la cinta transportadora de Fos Bucraa, en el llamado *pantalán*, el cual se adentraba varios centenares de metros en el mar. También estaba el cuartel del Bon. Cabrerizas II, cuyos alojamientos eran barracones prefabricados, y la antigua Unidad de Corrigendos —quedaban muy pocos—, ocupaban un cuartel muy bonito y cuidado. Estaban al cargo de un veterano paracaidista (el teniente Herminio); la Compañía de Mar, con sus lanchones y barcazas, se ocupaba del trasiego del personal y los suministros desde los barcos hasta la playa, habida cuenta que no existía puerto ni calado suficiente; un destacamento de Infantería de Marina (buzos) y otro de Ingenieros y poco más. También había algunos comercios regentados por canarios.

Las construcciones para alojar al personal, a parte de lo ya referido, eran los llamados *catenárnicos*, cuyos tejados abovedados y convexos, formando semiesferas, ayudaba a mantener cierto frescor y evitaban que la arena se acumulase en las azoteas. Para disponer de agua potable y fresca en cada alojamiento había varias damajuanas de cristal a las que se les había acoplado un grifo.

La uniformidad

Conforme a las características y necesidades de cada unidad la uniformidad solía ser variopinta. Normalmente se calzaban *nailas* (sandalias de piel con suela de caucho) y se llevaba pantalón corto, así como gorrilla con visera (teresiana), pañuelo *siroquero* y gafas protectoras (imprescindibles ante el agobiante viento del desierto —conocido como siroco—, el cual hacía cambiar el carácter de las personas). Las tropas nómadas usaban prendas muy características y originales, adaptadas a sus unidades motorizadas y a camello (las camisas *makumo*, sin mangas, sólo tenían pecho y espalda; se ajustaban al cuerpo mediante cintas de la misma tela, así como las camisolas por debajo de las rodillas). Por las noches llevábamos pantalón largo y botas, abundando como habían todo tipo de animales de sangre fría (como por ejemplo las *lefas* —pequeñas y peligrosas serpientes— o los escorpiones); durante el día no había problema, pero por las noches, con el descenso de las temperaturas, buscaban el calor, de modo que había que tener mucho cuidado al sacudir los sacos de dormir o las botas, ya que estos se introducían en su interior y te podías encontrar con alguna desagradable sorpresa. Por la misma razón, no era recomendable mover ni levantar las piedras.

La higiene

La higiene en el Sáhara era un tanto complicada. Abundaban los parásitos, sobre todo las chiches: había que dormir con la luz encendida, de lo contrario aparecían formadas *de a tres* y te daban la noche. Periódicamente se fumigaban las camas y, mediante soplete y alcohol, se quemaban los muelles de los somieres (los

parásitos estallaban dejando un fétido y nauseabundo hedor que aún hoy recuerda mi glándula pituitaria), lo cual conseguía que durante unos días te dejaras tranquilo, aunque pronto volviesen a aparecer. Era igualmente conveniente hervir la ropa.

El sistema de letrinas era arcaico, y cabría señalar que durante la noche —por desidia— parte del personal hacía sus necesidades en la calle. Con el calor diurno las heces pronto se secaban, pero un fuerte olor a orín persistía, llegando a hacerse viral.

En Cabeza de Playa el agua para uso doméstico procedía de una vieja depuradora/desaladora, resultando un tanto salobre, pero para ducharse valía. Todos llevábamos el pelo muy corto, e incluso *al cero*. Durante el transcurso de los nomadeos y patrullas, así como en la Marcha Verde, no faltaban los refrescos, la cerveza y las bebidas alcohólicas; lo que menos abundaba era el agua. Nos daban dos litros al día por persona, por lo que intentábamos ahorrar tan precioso líquido, de modo que cada tres o cuatro días dispusiésemos de agua suficiente para una ducha de circunstancias: nos apartábamos unos metros del vivac y, detrás de unas chumberas o tabaibas, nos desnudábamos. La parte metálica del casco de acero americano (M-1) nos servía de palangana; acucillado, te rociabas con una cantimplora y seguidamente te enjabonabas y luego te aclarabas —el agua, mientras tanto, había ido rezumando dentro del casco—. A continuación, te lavabas las partes más púdicas y, finalmente, los pies. Con el agua sobrante te enjuagabas y refrescabas, quedando *más guapo que un San Luis*, así que el que iba sucio era porque quería. Por la misma razón, los saharauis hacían sus diarias

abluciones con arena fina. Ninguno iba sucio ni olía mal.

La alimentación

Respecto a la comida no recuerdo que hubiera ningún problema. Era de calidad, abundante y estaba bien elaborada. Durante el transcurso de las patrullas y nomadeos disponíamos de *raciones de previsión* (las referidas raciones del Ejército español siempre gozaron de gran prestigio); mientras que en los ratos de asueto solían consumirse los llamados *paquetes*⁵.

Los servicios

El trabajo diario (jornada) duraba *de sol a sol*. Todos los días, a la caída de la tarde, una compañía entraba en servicio en la zona de la Saguía (la playa, el Pozo Farachi y la carretera). De las cinco compañías de la bandera, la 5ª —de plana mayor— no entraba en el turno; otra compañía estaba destacada en el aeropuerto del Aaiún, y desde el mes de agosto —tras el ataque sufrido— otra compañía se encontraba en Hausa, de modo que para el referido servicio en la Saguía sólo quedaban dos compañías, así es que *día sí, día no* entrábamos de servicio. Con la compañía de fusiles restante y la de armas de apoyo se organizaron dos grupos tácticos de similares características, los cuales llevaban a cabo el servicio del siguiente modo: la bajamar en la costa occidental de África deja una amplísima playa de arena compactada —casi una autopista— a través de la cual una unidad motorizada, e incluso mecanizada, se podía colar, desde el norte, por Tan-Tan, Cabo Juby o Tarfaya; allí emplazábamos los CSR (cañones sin retroceso de 106mm.) montados sobre vehículos ligeros. La Saguía era el cauce de

un río seco, que en otro tiempo geológico fue caudaloso, el cual presentaba múltiples y laberínticos recovecos, por lo que era fácil que efectivos a pie, o en camello, pudiesen infiltrarse. Emplazábamos los morteros de 81mm. y las ametralladoras medias, fijando previamente sectores y ángulos de tiro, buscando rasantes y zonas desenfiladas. En la carretera, único cordón umbilical entre la costa y El Aaiún, solíamos situar ametralladoras ligeras y los lanzagranadas. El Pozo Farachi, manantial subterráneo de abundante caudal que surtía de agua potable a todo el subsector norte, incluyendo a la capital (El Aaiún), era de donde los camiones-cuba cargaban el agua; para su mantenimiento y control había personal saharauí y sus familias, quienes a su vez cuidaban de una magnífica huerta, prueba fehaciente de que habiendo agua hay riqueza. También había un importante rebaño de camellos (dromedarios) y un puesto de la policía territorial a cargo de un eficiente cabo indígena.

A pesar de que procurábamos que la gente rotara, el servicio resultaba aburrido y tedioso. Una noche se me ocurrió sugerirle a mi teniente (Ros) la conveniencia de *mover la caja de los ratones* y *foguear* al personal para motivarlo. Le pareció bien y avisamos al cabo de la policía territorial —para que alertara a la población y no se alarmaran si oían cierta gresca— de que de madrugada íbamos a realizar un simulacro de ejercicio con fuego real. Siempre procurábamos ocupar un punto dominante, donde establecíamos una posición defensiva. Alrededor apostábamos varios escuchas mientras el resto descansaba. Sobre las tres de la madrugada avisé al que tenía más cerca para que diese la voz de alarma, al tiempo que efectué varios disparos. Inmediatamente, el personal reaccionó bien (ocupando sus puestos de tiro, que es lo

que se pretendía). El caso es que, sin saber cómo, se originó un tiroteo *de padre y muy señor mío*. Cuando conseguimos dominar la situación y ordenar el alto el fuego todo se calmó. Al día siguiente nos enteramos de que desde el Gobierno General se había abierto una investigación respecto a un tiroteo detectado en el subsector norte. Nosotros nos llamamos *como putas*. Afortunadamente, no hubo mayores consecuencias.

El Llano Amarillo

Al norte del territorio existía un vasto paraje conocido como el Llano Amarillo. Posiblemente, en otro tiempo geológico, fue un gran lago salobre, dada la naturaleza del mismo. El suelo reverberaba con el calor reinante, siendo un lugar idóneo donde observar el fenómeno de los llamados espejismos. En el Sáhara las distancias son enormes, debido a lo cual —siempre que el terreno lo permitía— se viajaba a gran velocidad. Recuerdo que, en una ocasión, atravesando aquellos inhóspitos pagos, observamos en lontananza una extraña nube de polvo que poco a poco se fue agrandando. Pronto distinguimos unos puntitos oscuros que resultaron ser varios vehículos Land Rover de la Policía Territorial, cuyos ocupantes —con sus turbantes y *siroqueras* negras y las ametralladoras dispuestas— cruzaron delante nuestra hieráticos e impertérritos desdeñando nuestros saludos, desapareciendo *como alma que lleva el diablo* a la misma velocidad con que habían aparecido. Ellos, junto con las Tropas Nómadas y los Tercios Saharianos, se consideraban los auténticos *señores del desierto*; el resto de fuerzas expedicionarias no éramos más que unos advenedizos.

En 1930, el explorador francés Michel Vieuchange llevó a cabo un rocambolesco viaje por el Sáhara, desde el sur de Marruecos hasta Smara; *raid* plagado de incomodidades y peligros. En su carné de ruta define dicho paraje como *llano absoluto* (un desierto dentro de un desierto), lugar desolado sin el menor atisbo de vida, por el que no se aventuraban ni los más avezados malhechores. Geográficamente se le conoce como el Desierto de Gaa.

Los *guirbas*

Para disponer de agua fresca durante los desplazamientos por el desierto se utilizaban los llamados *guirbas*, formados por manojos de diez o doce botellas de cristal —que en su momento contuvieron vino— forradas, una a una, con tela de saco o arpillera, las cuales, mediante un laborioso trabajo de talabartero, se integraban en un único empaque —igualmente forrado con arpillera— del que sólo sobresalían los tapones para que no se perdiesen con el traqueteo; aquel ingenioso sistema, una vez humedecido, se colgaba de los costados de los vehículos —a modo de alforjas— con redes de cáñamo, logrando que, por efectos de la velocidad y de la condensación de la humedad, éstas llegaran a enfiarse, de modo que siempre disponíamos de agua fresca. Las *mias* a camello utilizaban otros métodos para refrescar el agua, creo que con odres de piel de camello o gacela. No tuve ocasión de comprobarlo.

Una tumba en el desierto

Durante el transcurso de una de las frecuentes patrullas, la Sección de Reconocimiento encontró un enterramiento en el desierto. No se trataba de un cementerio al uso. Posiblemente,

el movimiento de las arenas había dejado el cuerpo al descubierto. Desprovisto de cualquier tipo de vestimenta o mortaja, el esqueleto presentaba un aspecto calcificado y pulido. Debió pertenecer a una persona adulta pero joven, ya que la calavera conservaba una dentadura perfecta. Los *paracas* decidieron llevarse el cráneo como recuerdo para adornar su *catenático*; para hacerlo más terrorífico, lo pintaron con vivos colores —rojo, verde y negro—. El jefe de la sección (teniente Puyó) montó en cólera, ordenando que con el mayor respeto se limpiase con alcohol o disolvente y se restituyese junto al resto del cuerpo en el mismo lugar y posición en que fue hallado (recordemos que los musulmanes entierran a sus muertos orientados hacia La Meca).

Los lanzamientos paracaidistas

En esta última época no hubo lanzamientos paracaidistas desde aviones, si bien algunos de nosotros, para quitarnos el *mono*, tuvimos ocasión de efectuar algún que otro salto de apertura manual desde helicóptero en el desierto. Toda una experiencia.

El asueto

Respecto al ocio o la diversión, en la época en la que estuve en el Sáhara (1975), no podría decirse que hubiera mucha oferta. Existían un par de locales de mala muerte, con pretensiones de sala de fiestas o cabaret, atendidos por varias *señoritas* trasnochadas, así como algún que otro tugurio frecuentado por auténticos tahúres (en cuyas timbas podías perder hasta las pestañas). También el casino de oficiales y el club de suboficiales —exclusivos para dichos colectivos—, donde era condición *sine qua non*

ser socio. El único lugar verdaderamente glamuroso y accesible a todo el mundo era Parador Nacional de Turismo del Aaiún. Un sitio muy agradable ambientado a lo árabe, cuyos camareros eran verdaderos profesionales, donde se podía tomar una copa a gusto echando la parrafada. Por otra parte, el Batallón de Cabrerizas instaló un merendero en la playa al que llamaban el *chiringuito* (o *chiringo*). Los fines de semana alguna de las escasas familias europeas residentes se trasladaban hasta allí para pasar un día de playa. Estaba muy bien organizado y se comía francamente bien a base de pescado y marisco, muy abundante en la zona, a precios más que razonables.

Nosotros, algún que otro fin de semana, estando francos de servicio, solíamos subir a la capital, distante unos veinte kilómetros. Para ello utilizábamos los servicios de algunos taxis destartalados (al ir varios el trayecto nos salía por un precio muy módico). Aprovechábamos para hacer turismo y comprar pequeños electrodomésticos libres de impuestos, tales como aparatos de radio, cámaras fotográficas, tomavistas *super-8* o las recién inventadas calculadoras digitales, que por aquel entonces eran casi desconocidas en la Península. Recuerdo haber asistido también al espectacular relevo de la guardia en el palacio del Gobernador General del Sáhara, con toda la pompa y la parafernalia colonial. En cuanto las cosas se complicaron y los carros de combate ocuparon los puntos estratégicos de la ciudad y se implantó el toque de queda, todo aquello acabó.

Los souvenirs

Los recuerdos más buscados y deseados por las gentes que estuvimos destinados (militares,

funcionarios, empleados de banca, etc.) eran las llamadas *rosas del desierto* (placas de arena fosilizada que por la acción del viento habían adoptado caprichosas formas que recordaban a los pétalos de rosa), así como las geodas (piedras calcáreas huecas por dentro); también las puntas de flecha en piedra tallada del neolítico, o las famosas *mantas morunas*, de llamativos colores, confeccionadas con pelo de camello. Los saharauis las utilizaban bien fuese para adornar sus *jaimas* —como separadores de estancias, a modo de tapiz o como alfombra—, o bien como prenda de abrigo. Paradójicamente, las que vi estaban manufacturadas por una firma de Sabadell (?).

El Ejército del Sáhara

De entidad cuerpo de ejército, a la sazón estaba mandado por el general de la división Federico Gómez de Salazar, militar pragmático y de gran carisma, veterano de la Guerra Civil y de la División Azul. En posesión de la Medalla Militar Individual, era el Gobernador General del territorio, teniendo en sus manos la —posiblemente— más poderosa *máquina de guerra* que España jamás haya desplegado. Sus unidades de combate estaban formadas por la élite del Ejército español, la logística era magnífica y la moral, altísima.

El armamento

Del armamento colectivo no voy a hablar. Había el que había conforme a los usos y costumbres de la época. Pero sí que quiero hacer especial hincapié respecto al individual: disponíamos del subfusil Star Z-70 de 9mm. parabellum, el cual lo tenían de dotación los suboficiales. En mi opinión no era un arma muy

efectiva. La pistola Super Star de 9mm. largo, arma reglamentaria para los oficiales y los sirvientes de las armas de apoyo. No obstante, antes de salir hacia el territorio, el Mando consideró conveniente que todos los suboficiales dispusiesen de una pistola adicional de su propiedad. A tal fin hubo facilidades para adquirir, pagando por ellas un precio simbólico, en las maestranzas de artillería pistolas Astra 400 (mod. 1921), calibre 9mm. largo, que hasta hacía muy poco —por aquel entonces estaban siendo retiradas— habían estado en servicio en las unidades. Era un arma muy fiable de fabricación totalmente española, resultando ser la pistola más icónica tanto durante la Guerra de África como durante la Guerra Civil (ambos bandos la adoptaron). Actualmente se trata de una pieza muy apreciada por los coleccionistas, pudiendo alcanzar cotizaciones muy elevadas. Si bien la actual reglamentación ya no permite la transferencia o venta de este tipo de armas.

El arma individual verdaderamente efectiva —robusta y fiable— utilizada en el Sáhara fue el fusil de asalto CETME (mod. C), calibre 7,62mm.; nadie salía al desierto sin llevar uno. Los cargadores se llevaban encima; el resto de la munición, en la mochila, formando parte del equipo básico. Lo único que se repartía antes de salir de patrulla o servicio —para evitar accidentes— eran los multiplicadores de las granadas de mano PO-I y PO-II.

La logística

En este sentido puedo decir, sin temor a equivocarme, que España puso toda la carne en el asador. La gestión fue impecable: si un vehículo tenía problemas con el motor, inmediatamente se cambiaba el bloque entero; si una rueda se

pinchaba, se sustituían las cinco gomas por otras nuevas; lo mismo con las cajas de cambio, los radiadores, etc. Dichos componentes, según el tipo de avería, se remitían al 3er Escalón —de mantenimiento— en El Aaiún; al 4º Escalón en Las Palmas o a Base —5º Escalón—, en la Península, donde se supone que serían reparados o, en su caso, dados de baja. Con el armamento pasaba lo mismo. Recuerdo que vinieron varios técnicos de la Casa Oerlikon, desde Suiza, para revisar las ametralladoras antiaéreas. El resto de suministros y demás servicios (Intendencia, Sanidad, Farmacia, combustibles, etc.) no fallaron en ningún momento.

La Marcha Verde

A primeros de noviembre se produce el acontecimiento conocido como la Marcha Verde, en la que fueron movilizados 350.000 marroquíes (civiles). Las banderas paracaidistas ya se encuentran *a pie de obra*; hace unas semanas que la de Las Palmas se ha incorporado, participando activamente en todas las operaciones que se llevarán a cabo.

«Algunas tardes, estando francos de servicio, una vez finalizada la jornada, nos reuníamos todos los miembros de la Sección en el catenático, para tomar unas cervezas o unos cubatas y compartir en buena armonía y franca camaradería, el último paquete recibido de casa por algún compañero. Estábamos en este menester cuando tocaron generala. ¡Qué fastidio! ¡Ahora que nos lo íbamos a montar tan bien! En 20 minutos —lo habíamos practicado decenas de veces— todo está embarcado; los vehículos siempre repostados a tope, petacas para otros 700 Km. de autonomía, la dotación de munición al completo, agua y víveres para

siete días, la mochila siempre a punto y ¡Novedades!

Embarcamos en los vehículos, se forma la columna y a esperar órdenes... ¡Lástima de cubatas! Se quedaron en el catenático. Pasan las horas, por las mallas de radio circulan todo tipo de noticias; parece que no es un ejercicio más. ¡Esto va en serio! Llevamos meses esperando este momento, necesitamos acción y todos estamos deseando entrar en combate.

La temperatura ha descendido y hace un frío que pela, por delante de nuestros vehículos pasa un abigarrado tropel de pistolillos⁶, pertenecen al último contingente que ha llegado al Sáhara, hace tan sólo un par de semanas que se han incorporado. Los han equipado con un tabardo 3/4, un vetusto fusil Mauser y 100 cartuchos, así como una vieja cantimplora y una marmita. Como carecen de correaje y cartucheras han repartido la munición entre los bolsillos de 3/4 y la marmita, eso da lugar a un peculiar y arrítmico tintineo metálico. Completa el equipo una manta terciada en bandolera alrededor del pecho —a la antigua usanza—, van pegados a su alférez o sargento —de complemento— como polluelos a la clueca. Resultan patéticos y a la vez conmovedores, no sé por qué, pero su anacronismo me evoca pasajes leídos sobre El Barranco del Lobo o El Desastre de Annual, están fuera de tiempo. Al parecer se dirigen a ocupar los fortines del perímetro exterior, mentalmente les deseo la mejor suerte ¡Ojalá no tengan que entrar en combate! En cualquier caso, nada tienen que ver con el aguerrido, bien dotado y motivado Ejército del Sáhara.

De madrugada nos ponemos en marcha. Un poco antes el G-3 de la Bandera (capitán Soler) me dice que esté atento, que en cuanto amanezca veremos mucha aviación y si es enemiga, ya sé lo

que tengo que hacer. Hemos estudiado y memorizado hasta la saciedad las escarapelas y siluetas de todas las aviaciones que hipotéticamente puedan aparecer. Amanece, varias escuadrillas de reactores sobrevuelan las largas columnas que nos dirigimos al norte, el estruendo que forman con sus pasadas es infernal, pero todos los aviones son propios. ¡Dominábamos el espacio aéreo! A estos les siguen numerosos helicópteros, cuyas frecuencias sintonizamos enterándonos de lo que está pasando unos kilómetros más adelante.

En un cruce de pistas, que suponemos que es un punto de dislocación de unidades, se encuentra un oficial del Estado Mayor, en sus manos lleva un enorme cartapacio repleto de planos, cuadrantes y órdenes de operaciones, a su lado tiene un vehículo de transmisiones erizado de antenas. A juzgar por su expresión crispada, diríase que está más cabreado que una mona, lanza improperios y diatribas contra no sé qué unidad que, a aquellas horas, ya debía haber pasado por allí. Rebasamos el Grupo de Artillería ATP-XII, cuyas impresionantes piezas M-109, calibre 155/23, ya están dispuestas en batería e intervaladas entre sí varias decenas de metros, apuntan amenazadoramente al norte, cubriendo un amplio frente, cuya visión se pierde en el horizonte.

Más adelante, en nuestro airoso avance, nos topamos con los carros de combate del Regimiento Alcázar de Toledo, ya han entrado en posición y sus bocas de fuego nos dicen que no estamos solos. Seguimos progresando y nos encontramos con más unidades la Legión y Tropas Nómadas; más artillería antiaérea y de campaña, y los sacrificados zapadores que llevan varios meses liados con las alambradas y los campos de minas.

Resulta imposible narrar lo que contemplan mis retinas. No puede ser más grandioso y excitante...

Ahí están los AMX-30 de la Legión. ¡Es como en las películas! El corazón se acelera y parece querer salir del pecho (adrenalina en estado puro); pero no estoy sentado en una cómoda butaca de cine, soy uno de los actores, me dejo llevar por la euforia del momento, mis sentidos funcionan al 100% y mantengo el enlace con todos los pelotones».

Extraído del diario del sargento primero jefe accidental de la sección de cañones automáticos antiaéreos Oerlikon⁷ de la Bandera Roger de Flor I de Paracaidistas en aquellos días.

Desplegamos y entramos en posición cerca de Daora, delante sólo teníamos las alambradas y los campos de minas; a continuación, la tierra de nadie. Durante el día, a causa del calor reinante, permanecíamos en nuestras posiciones, resguardados bajo lonas y redes de camuflaje, ocupándonos de la limpieza y el mantenimiento de las armas, vehículos y otros equipamientos. También dormitábamos. Al anochecer la temperatura bajaba rápidamente y la actividad se reanudaba —había que estar atentos—. Llegada la medianoche, uno se podía tomar una cerveza fresquita.

Un burrito extraviado se adentró en el campo de minas⁸. No tardó en pisar una, que explotó. El pobre animal quedó despachurrado. Sus restos pronto fueron devorados por los chacales y otros carroñeros del desierto, incluyendo a algunos buitres que no se sabe muy bien de dónde salieron.

El despliegue duró diez o doce días, durante los cuales nos visitaron prestigiosos corresponsales de guerra: Raymond Cartier, Manu Leguineche y un jovencísimo Arturo Pérez-Reverte —entre otros—. Finalmente, tras los

acuerdos de Madrid, los marroquíes se retiraron y nosotros nos replegamos.

En opinión de los analistas internacionales: «[...] para los españoles habría sido un paseo militar». Pero, al parecer, sólo había munición para una semana de combates. Las guerras, si se dispone de los medios y efectivos suficientes, se ganan con relativa facilidad. Lo verdaderamente difícil es, tras la victoria, ganar la paz.

La última Jura de Bandera sahariana

Un domingo de finales de noviembre tuvo lugar en el BIR-I la última Jura de Bandera Sahariana. Juraron los reclutas del que sería el último contingente que se incorporaría al territorio. Tras las compañías de honores de las diferentes unidades del Sáhara, que daban realce al acto, desfiló una *mia* montada en camello de las Tropas Nómadas con sus mejores galas (*sulham*⁹, lanzas y banderolas). Todos éramos conscientes de que estábamos asistiendo a la traca final de los restos del otrora Imperio Español. Tras las fuerzas que juraban desfilaron los rebajados con sus escayolas, muletas y brazos en cabestrillo (alguno en silla de ruedas o camilla); nadie quiso perderse aquella postrera ocasión. Por último, pasaron ocho o nueve invertidos. A pesar de que lo hicieron *a su manera*, todo el mundo los observó con gran respeto. En el Sáhara, salvo familiares de militares y funcionarios —y algunas prostitutas desvenecijadas—, no había mujeres; por lo que su labor en comedores, lavanderías y residencias se consideraba imprescindible (años después, cuando se puso de moda la fiesta del Orgullo Gay, recordé aquella memorable jornada). Al día siguiente comenzó la *Operación Golondrina* para la evacuación del territorio, pero antes

hubo que replegar algunas posiciones del interior y desarmar a las tropas nativas. Mahbes, Echedeiría y Hausa ya habían sido previamente abandonadas.

El repliegue de la posición de Hausa

Desde el pasado mes de agosto, en Hausa —al norte—, la 1ª Compañía (capitán Villamil) de la I Bandera Paracaidista, guarnecía aquella posición. Estando el convoy ya formado, antes de emprender la marcha, alguien se percató de que en el mástil todavía ondeaba la bandera española. El sargento Montero, de la referida compañía, fue el encargado de arriarla: mientras que con una mano descorría la cuerda, con la otra sujetaba un pequeño cornetín —que siempre llevaba consigo— con el que entonó algunas notas del Himno Nacional. Hubo quien no pudo contener unas lágrimas. Horas después Hausa sería ocupada por el Ejército marroquí, cuyos efectivos ya rondaban por la zona. Hoy, aquella vieja, raída y gloriosa bandera se exhibe en el museo de la Brigada Paracaidista. Según datos aportados la BRI-PAC, dicha evacuación se llevó a cabo el día 23 de octubre de 1975.

El desarme de las tropas nativas

Previo a la evacuación, había que desarmar a los efectivos de procedencia nativa (Tropas Nómadas y Policía Territorial). Hubo escenas verdaderamente dolorosas, ya que si bien se habían producido numerosos casos de desafección y desertiones llevándose el armamento, así como secuestros de personal militar europeo —creo recordar que también hubo algún muerto—, la mayoría de aquellos soldados habían permanecido leales a España.

En sus ojos se reflejaba la decepción y el desamparo. ¿Qué sería de ellos? Recuerdo el caso del único¹⁰ suboficial de carrera —por oposición— de origen saharai, Mustafá Ben Ali Embarek, quien habiendo podido regresar a España optó por quedarse con el Polisario, donde lo ascendieron a capitán. Debíó morir en combate o quedar tullido, ya que de otra forma no se explica que no volviésemos a saber de él. Con lo que le gustaba pulular por *los madriles*...

La evacuación del territorio

Si bien estuvo muy bien organizada y se llevó a cabo escalonadamente, en algún momento tuvo visos de auténtica desbandada. El Estado español indemnizó, en función de los intereses en cada caso y del tiempo de permanencia en el territorio, a todos los españoles residentes allí. A nosotros nos concedieron una condecoración muy bonita —la última creada por España bajo la denominación *de campaña*—. Durante décadas la lucimos con orgullo en el uniforme (hoy ya estamos todos retirados).

La evacuación terminó en febrero de 1976, no obstante, unas semanas antes (creo que fue el 8 de diciembre), coincidiendo con la fiesta de la Inmaculada, patrona de la Infantería Española, los paracaidistas abandonaríamos para siempre el Sáhara. Lugares como El Aaiún, Villa Cisneros, Cabeza de Playa y el pantalán, el Llano Amarillo, Smara, Hausa, Etchera, Tifariti, Echedeiria, Mahbes, Daora, Güelta Zemmur, Bu Craa y su cinta transportadora, Tichla, Aargub, Ausert o Bir Nazarán, entre otros, permanecerán imperecederos en la memoria colectiva de los paracaidistas e intactos en el recuerdo de cuantos tuvimos la gran suerte de

conocer la inmensidad del desierto, de embesarnos con sus amaneceres y puestas de sol, de contemplar, como en ningún otro lugar del planeta, el incomparable espectáculo nocturno de su impoluto cielo tachonado de estrellas (parecía que con sólo alargar el brazo podías acariciar la Vía Láctea) y de haber vivido una experiencia única, en un tiempo irrepetible de una época inolvidable.

Otras recompensas

Tras el regreso a la Península, el jefe de la bandera (teniente coronel Pedrosa) nos reunió para comunicarnos que el Gobernador General del territorio había concedido varias condecoraciones —además de la de campaña— para el personal de la bandera: la Orden del Mérito Militar con distintivo blanco y la Orden de África; nos dijo que todos habíamos cumplido bien y nadie se había distinguido especialmente, que el único criterio a seguir sería el de la antigüedad. Las de la Orden del M.M. se adjudicaron a los más antiguos dentro de cada empleo; mientras que las de la Orden de África lo fueron a los más veteranos de la bandera. Todo el mundo estuvo conforme (como no podía ser de otra manera) ante tan lógico reparto.

El coronel Dlimi

Muchos años después, con motivo de un campeonato de paracaidismo, tuve ocasión de conocer y tratar personalmente al coronel Abdelaziz Dlimi. Venía como jefe de la delegación marroquí. Hombre afable y locuaz al que —como moro con posibles— le encantaba el whisky escocés. En aquella época mandaba la Brigada Paracaidista marroquí (en la actualidad

Marruecos dispone de dos). Hablaba correctamente el español, ya que en los tiempos del Protectorado se había formado en las academias militares españolas. Se declaraba pro español, claro que no había que fiarse mucho. El Generalísimo Franco, buen conocedor de la idiosincrasia del marroquí, decía: «*El moro es por naturaleza traidor*». Como jefe de las fuerzas especiales marroquíes había sido nuestro enemigo en el Sáhara, donde, entre otras acciones, la noche del 2 al 3 de agosto de 1975, atacaron la posición de Hausa, guarnecida por una sección de paracaidistas (tuvimos bajas; ellos, también). Imagino que su presencia en el campeonato obedecía a la posibilidad de tomarle el pulso *in situ* a la BRIPAC española (los responsables del evento, seguramente siguiendo recomendaciones de los servicios de inteligencia, pasaron de él); le atendimos con toda deferencia y cordialidad dos oficiales subalternos de la organización. Se mostró muy agradecido y en ningún momento manifestó sentirse ninguneado —era un diplomático y un caballero—, hasta el punto que nos invitó a su casa en Rabat, a la que, lógicamente, nunca fuimos. Según informaciones posteriores, dicho militar marroquí fue suprimido por el régimen alauita.



Jaime R. Bellet Gomis. Comandante de Infantería (R)
Caballero Legionario Paracaidista — 100 Curso
F de Plata de la OJE

Epílogo

Puede que no fuera el lugar más bonito ni acogedor del mundo. Con muchos, de los pocos que vamos quedando de cuantos estuvimos allí, he notado una gran nostalgia por el *paraíso perdido*. Fueron buenos tiempos, sobre todo porque éramos jóvenes y teníamos toda la vida por delante. Imagino que nuestros compatriotas, que en otro tiempo tuvieron que dejar las antiguas colonias (Cuba, Puerto Rico, las islas Filipinas, la isla de Guam, el Protectorado de Marruecos, la Guinea o Sidi-Ifni), experimentarían la misma sensación. Nosotros, por disciplina y un tanto circunspectos, nos limitamos a cumplir con nuestro deber.

Parafraseando a Rutger Hauer como el replicante Nexus-6 en el momento cumbre de la película *Blade Runner*: «[...] *he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia*».

A día de hoy, todos los mandos a los que hago mención —a excepción del sargento Montero— ya han fallecido.



Notas

1. Ciudad Santa para los saharauis.
2. Tiendas de lona reforzadas con piel utilizadas por los nómadas.
3. Secuestro por parte de bandas, más o menos incontroladas, de varios técnicos europeos y un norteamericano, que estaban llevando a cabo prospecciones petrolíferas.
4. En aquella época, en Murcia, comenzaría a crearse una nueva bandera, la cual muy pronto entraría en el turno de rotaciones Alcalá—Las Palmas—El Aaiún.
5. Paquetes con comida (mayormente productos de matanza) que las familias enviaban a los soldados del Sáhara.
6. Diminutivo de *pistolo*. Calificativo un tanto despectivo con el que los componentes de las Fuerzas Especiales designan a los que no lo son.
7. Cañón antiaéreo de 20/120mm., de fabricación suiza. Arma de apoyo de la infantería. Disponía de proyectiles explosivos, incendiarios y trazadores. Los tenían de dotación los grupos de artillería, la Legión y los paracaidistas. Fijados sobre las plataformas de los camiones Pegaso (reforzadas por una plancha de acero mediante una inteligente distribución —trabajo digno de encomio de los especialistas del Sáhara—, permitía el giro los 360 grados), pudiendo transportar la dotación de munición al completo, los respetos, combustible, agua y víveres, así como a los sirvientes y sus equipos. Ni que decir que estaba dotado de gran movilidad.
8. ¿Tal vez su aparición no fue tan casual?

EN EL BIEN ENTENDIDO
DE QUE EL HORIZONTE SIGVE SIENDO EL MISMO,
PORQUE LO MARCAN NÍTIDAMENTE
LOS VALORES E IDEALES DE LA PROMESA.

ojetrocha@gmail.com
www.trocha.es





**Asociación Española
de Educadores de Tiempo Libre**



Veteranos OJE - Cataluña
www.trocha.es

Cuaderno núm. 17. - ***La última colonia. Paracaidistas en el Sahara, 50 años después***

© Asociación Española de Educadores de Tiempo Libre y Veteranos OJE - Cataluña

Depósito legal: B 13030-2022 - Barcelona, Junio de 2022